

diez á once y media—libre ya de la insoportable chiquillería toledana que acosa al viajero pidiendo en su jerga un *canquisú*—á estas horas las madres los habrán acostado, previo un huevo y un merecido azote,—me entretengo en vagar sin objeto alguno, por rincones y callejas, como cierto personaje de la novela *Angel Guerra*, de Galdós; sólo que más á gusto y saboreando más los recuerdos que Toledo evoca siempre.

VII

LAS ALHAJAS DE LA VIRGEN DEL SAGRARIO

Cuando una de esas imágenes que representan á la vez la patria, la fe y el arte sufre una injuria, la sentimos cual si á nosotros mismos se nos infriese. No parece sino que nos pertenece, que era del todo nuestro lo que le han quitado á la venerada efigie de los tiempos apostólicos, á la Virgen del Sagrario, de Toledo.

Llegué á la ciudad de las leyendas bajo la impresión del robo, y lo primero en que pensé fue en darme cuenta de cómo había podido realizarse. Conociendo la estructura de la catedral y la forma de las verjas que cierran el altar mayor, donde se encontraba Nuestra Señora, vestida de gala, á causa de la novena, parecíame difícil, por no decir imposible, que aun quedándose solo el templo, consiguiese ningún malhechor franquear tales obstáculos y penetrar en el recinto, para poner sacrílegas manos en las joyas.

Son las de la Virgen del Sagrario de las más ricas y bellas que adornan á ninguna Madona,

sin exceptuar á la de Loreto, cuyo tesoro deslumbra como visión producida por los vapores del *hatchis*. Descabalado se encontraba ya el guardajoyas de la emperatriz del cielo en Toledo, por otro robo memorable, el misterioso de 1869, que la privó de su inestimable corona imperial de oro, pedrería y esmaltes, de su bella ajorca, de la corona del Jesucristo *de las Viñas* y de muchas perlas y diamantes. Lo que han sustraído ahora poco vale en comparación de lo robado en aquella época azarosa, en que las catedrales temblaban al furor revolucionario. No se agota tan pronto el cofrecillo de la morena Virgen. Le quedan, descontando lo que acaban de robar, su radiante pectoral constelado de brillantes, rubíes, esmeraldas y perlas, y su fabuloso manto que vale millones, y que recuerda el zainfo de la diosa Tanit, en *Salambó*, de Flaubert. La tela de este manto no se vé, porque la cubren á tope millares de perlas finas, desde la gruesa almendra hasta el diminuto aljófar: gran riqueza aún para el tesoro de la catedral de Toledo, de la cual dijo á principios de este siglo un sabio francés, partidario por más señas del rey intruso José Bonaparte, que "no podía calcularse" el valor de sus alhajas y plata labrada.

Dando vueltas por el templo, preguntando aquí y allí y sobre todo mirando y discurrendo ni más ni menos que si fuese juez de instrucción, conseguí formar mi hipótesis acerca del modo de verificarse el atrevido y casi infructífero robo actual. La llamo hipótesis, porque no tie-

ne otro valor; pues sólo para mi recreo la forjé, interpretando á mi manera hechos que acaso no supe apreciar.

Durante la novena, la Virgen del Sagrario, trasladada desde su camarín al pie del altar mayor, se ostenta allí encima del pesado y espléndido trono de plata, revestida con sus mejores preseas y joyeles. La luz de los cirios arranca destellos á la pedrería y se quiebra dulcemente en las nacaradas perlas del manto y del superhumeral; y la codicia, encendida como tea del infierno, arde en el alma del sacrilego que medita el golpe.

A las seis de la tarde, cuando los últimos rayos de la luz solar, al través de los multicolores vidrios, bañan el oro sombrío de las artísticas rejillas, las llaves del templo rechinan en las cerraduras y se retiran los vigilantes hasta las nueve, seguros de que sólo volando acertaría nadie á penetrar donde queda sin guardia la sacra efigie. Profundo y religioso silencio flota en los ámbitos de la inmensa catedral. Sin embargo, quien tuviese el oído muy fino podría percibir un ruido extraño. ¿Madera que cruje, cirio que chisporrotea, carrera furtiva de ratón, allá en la alta techumbre? No. Es el criminal que se prepara á realizar su proeza. Viene de arriba, del aposento donde, arrimados á la pared, permanecen los descomunales gigantes, semejantes, en tal momento, á una quijotesca pesadilla, y donde les hace compañía un feo endriago, la *Tarasca*, el lagartazo sobre cuyos lomos danza la descocada *Ana Bolena*. De entre estos

figurones y larvas sale el malhechor y cautelosamente se descuelga á la nave por una de las ventanas del frente de la sacristía. Sobre la baranda deja señalado en el polvo una huella de su pie y el dibujo á listas de sus pantalones de pana, que han de servir después á la justicia de acusadores y terribles indicios. A paso tácito, palpitante el corazón, se desliza hasta llegar al púlpito de la Epístola. Conocedor á palmos de la topografía y acaso de las costumbres que rigen en la basilica toledana, no ignora que, á fin de facilitar la subida á este púlpito, hay arriada una escalerilla de madera, pintada de blanco y verde, que no permite cerrar el cancel de hierro. La confianza ha abierto camino al delito; el ladrón puede penetrar en el recinto que rodea á Nuestra Señora...

Y penetra; pero si son españoles los que me leen, no dudarán que los dientes del culpable se entrechocan de pavor, y al llegar cerca de la Virgen, al ver su moreno semblante, apacible y grave, al deslumbrarle el centelleo de las joyas, se apodera de él un vértigo. La insigne novelista *Fernán Caballero* ha descrito admirablemente en *La familia de Alvareda* el terror del robo sacrilego. Atentar á lo que veneraron tantos siglos; arrancar á la Madre de Dios las joyas que ofreció la piedad; atreverse á tocar con manos abrasadas de fiebre al Paladío de Toledo... es hazaña que al más desalmado debió de costarle honda lucha.

El ladrón se aproxima, sube las gradas del trono de plata: allí, á merced suya, tiene el

manto y el pectoral, un tesoro, millones... Turbado, trémulo, ansiando ya alejarse más de lo que acercarse deseó, arranca á tientas, cerrando los ojos, lo que menos vale, lo que cree que nadie echará de ver al pronto; los dobles pendientes cosidos á la toca, el superhumeral que cierra un broche de topacio, las dos ajorcas hechas con las mitades de la que salvó del primer robo... y lo guarda atropelladamente en la faltriquera, y huye perseguido por el eco de sus mismas pisadas, temiendo que va á desplomarse sobre su cabeza la cúpula... Si no huye por el mismo camino, se oculta azorado detrás de un pilar, en el rincón más oscuro, aguardando que á las nueve abran la puerta de la basilica y entren los vigilantes y él pueda correr á arrancar las perlas y arrojar el superhumeral en un basurero, creyendo que al desprenderse de ese trozo de tela de seda se desprende de su delito...

Aunque los vigilantes perciben algo anormal en la imagen, ninguno se atreve á decirlo en alta voz; velan alarmados y mudos, esperando el amanecer, como si la claridad del día hubiese de disipar el mal sueño que les envuelve. Y á la primer misa de alba, el sacristán mayor alza los ojos y comprende... pero es el momento en que el sacerdote murmura las palabras de la consagración, y el toledano, el devoto de la Virgen, calla y reprime una emoción violentísima, que tal vez le cueste grave enfermedad; y únicamente cuando, acabado el Sacrificio, el celebrante se inclina ante el altar, exclama el

sacristán en voz ronca, velada por las lágrimas: "¡Está robada Nuestra Señora!" Y corre la fatídica exclamación, y el templo se llena de fieles, y las mujeres sollozan y se golpean el seno y se arrancan el cabello... ¡Nuestra Señora está robada!

Lo que han quitado á la Virgen del Sagrario vale, en tasa, unos seis mil duros. Si el culpable vendió los despojos, apenas le habrán dado mil. El famoso anillo del cardenal Mendoza, ya no era el que describen los inventarios. Sólo el superhumeral y las dos medias ajorcas serán irremplazables, por su antigüedad y su fina labor artística.

Sin embargo, Toledo está de luto, y la maravillosa catedral cierra sus puertas muy temprano, como en señal de duelo.

VIII

EN EL ESCORIAL

Toledo y Sevilla se disputan á los viajeros de Semana Santa y Pascua. Sevilla se lleva la palma en atraer á la gente elegante y rica. (Sería más fácil definir en qué consiste la riqueza, pues eso de la elegancia siempre cabe discutirlo y hasta negarlo, y no se palpa como los sacos de talegas, ni se reduce á cifras como el importe de las acciones del Banco y sus dividendos.) En suma, los que bullen acuden á Sevilla con preferencia, y los aficionados al arte optan por Toledo, donde no abundan las diversiones, pero existe un tesoro de arquitectura y de recuerdos.

Sevilla es una prolongación, por mejor decir, una exaltación de la vida social madrileña. En Sevilla se busca—antes que el pomposo espectáculo de las procesiones y el color local de las *juergas* y *gitanerías*—el punto de cita de la gente conocida, el torbellino acostumbrado y fatal. Los precios de hospedajes, coches y hasta del calzado son muy altos en Sevilla; no es

decir que en Toledo sean baratos; mas como allí no existen fiestas, exceptuando las funciones de iglesia, queda reducido el derroche á lo que puede significar la cuenta del hotel.

Recuerdo una Semana Santa en Sevilla, hace bastantes años, que me causó la impresión más profana del mundo. Alegría y alborozo al paso de las procesiones, de los *Señores*, *Pasos*, *Dolorosas*, encapuchados y nazarenos; una zambra africana, con gritos de feroz entusiasmo y tiros al aire, al recogerse la *Macarena* á su iglesia; bailes en todas las tiendas de la feria, mucha rondeña, mucha seguidilla, muchas sevillanas y mucho jaleo; olor de azahar, flotando en la atmósfera á competencia con el del aceite frito de las buñolerías; y en las carreras de caballos, el príncipe de Gales—entonces ni viejo ni obeso—apurando copa tras copa de Jerez, con la unción que los ingleses demuestran al acercar á sus labios el vino aromoso y dorado del Mediodía.—Porque la Semana Santa de Sevilla tiene el privilegio de atraer á las altzas de extrangis, y el Jerez es el alma líquida de España, que se insinúa en las venas. Sólo dos cosas me parecieron tristes en Sevilla: las saetas y los jardines del Alcázar. Era una tristeza delicada, bonita, necesaria para el espíritu después de asistir á las zaragatas de Silverio y oír el continuo castañeteo de los palillos en el real.—Desde entonces Sevilla cada día está más de moda. Es la romería aristocrática.

Muy solitario en cambio el único sitio hecho de molde para cultivar el recogimiento y la de-

voción que la Semana Santa inspira. Hablo del Escorial.

Si la Semana Santa fuese todavía tiempo de mortificaciones y de plegarias (cada año pierde más tal carácter), en ninguna parte debíamos refugiarnos como en la creación de Felipe II. Difícilmente se encontrará fondo tan adecuado para las lecturas y meditaciones de la Pasión. El templo del Monasterio, á pesar de lo glacial de su estilo arquitectónico, por sus dimensiones y por su misma desnudez ascética, se presta á solemnizar las ceremonias de los días santos: los Oficios nocturnos, la reconciliación, la bendición de los óleos, el expolio de los altares, el Lavatorio, las Tinieblas, la bendición de las Palmas, del Fuego nuevo y del Incienso, el Cirio pascual, la bendición del Agua bautismal, el Miserere—todos los ritos y las formas del culto que ya casi nadie sigue ni interpreta.—Las erguidas y vastas bóvedas, el majestuoso altar mayor, los claustros..., ¡qué decoración para una Semana Santa!

Y á las horas que no se consagran á prácticas religiosas, la misma solemnidad que en la iglesia, en la Naturaleza. Porque el acierto de Felipe II consistió en comentar tan admirablemente un paisaje por medio de un edificio. Allí, en la falda de la sierra de Guadarrama, con sus pálidos olivos y sus grisientas y azulinas rocas, y sus nieves en la altura, sólo el monasterio de San Lorenzo pudo elevarse. ¿Qué otra arquitectura cabría soñar?

Pendientes escarpadas; fragmentos de roca

que se hacinan como rebaño que guía el cayado de un coloso; vegetación raquítica ó extensiones enormes sin rastro de ella; y allá, sobre el azul horizonte de la montaña, el inmenso monumento, la famosa *octava maravilla*, que, de lejos sobre todo, infunde sentimiento de depresión y de melancolía incurable. La idea es de poeta, de poeta desesperado y á mal con la vida y con el mundo, deseoso de soledad, de apartamiento, y sobre todo, de protesta contra la carne. Ese edificio, en ese paisaje y destinado á ese objeto; esa pirámide real olvidada al pie de la blanca y áspera sierra, ¡qué poema, qué inspiración! Fuese resultado de la casualidad, fuese cosa pensada y resuelta, hay que decir sin vacilación alguna:

Onorate l' altissimo poeta...

La idea del Escorial fue, sin embargo, en su origen, una de esas minuciosidades de leguleyo en que acostumbraba entreterse Felipe II. Le había destruído á San Lorenzo una iglesia, y tenía que indemnizarle alzándole otra. El santo no se quejará, de seguro, de haber perdido en el cambio. Cierto que su nueva iglesia debió de parecerle algo demasíadamente extensa y monótona, y que el estilo de la construcción quizás le oprimió el alma que había salido tan activa y triunfal de las tostadas carnes; pero al fin el homenaje era magnífico, y el mártir aragonés tuvo que agradecersele al rey castellano.

Siempre que visito el Escorial ó lo recuerdo, pienso cómo sería tal edificio en un país nublado. El tedio del Escorial es indiscutible; nadie negará que pesan como plomo sus moles de granito, los pies y los barrotes de su descomunal parrilla, sus cornisas, sus cúpulas, sus columnas, sus basamentos abrumadores; pero supongamos que sobre esta masa faraónica se tiende el celaje acuoso y turbio de Inglaterra; supongamos que la infiltra el gotear de las lluvias y la enverdece el moho de la humedad, y entonces sí que cuesta trabajo comprender cómo se podría resistir la hipocondría en ella, y cómo no se moriría allí de pasión de ánimo la gente á los tres días, confirmando el dicho de Teófilo Gautier.

¡Pero hay el sol! El sol con sus derroches de oro, con sus esplendores siempre nuevos. Y el sol acaricia y entibia las piedras, y cosquillea en sus moléculas yertas y peladas, y entra á torrentes en los claustros, descubriendo los frescos de Jordán y la chillona alegría de los ropajes de colorines y la ostentación opulenta de las piernas rosadas y las cabelleras rubias. Los claustros del Escorial no son tristes cuando los baña el sol. Y hay un patio, el de los Evangelistas, que tiene todo el carácter de paganismo grandioso y poético de los monumentos romanos. El elegante templete central; los estanquitos de mármol y los chorros de agua que en ellos caen con dulce murmullo; los señoriales y bien recortados bojés, de uniforme verdor, como capitolinos de clara esmeralda;

las estatuas, acarameladas por el tiempo, todo es puro Renacimiento italiano, con su arrogante hermosura, que hace irrupción entre la displicencia aburrída del monasterio español, y ofrece al espíritu un lugar risueño donde se puede leer á Platón ó al Tasso.

Los dos panteones, el de Reyes y el de Infantes, son la negrura y la blancura de la muerte y de la nada. El de Reyes es, en opinión general, magnífico, majestuoso y bien adecuado á su objeto; al de Infantes se le juzga con severidad; se le considera de mal gusto. No se le puede negar la suntuosidad, y algunos detalles bien ejecutados.—Al panteón de Reyes es de sentir que se le haya dado luz. La completa obscuridad, las tinieblas que apenas disipaba la vela ó el farol del guía, y que aumentaban el efecto trágico de los negros mármoles, convenían mejor á ese núcleo y centro de la Pirámide real, á ese sombrío corazón de Felipe II helado y rígido en la sepultura.

Y mirando á las regias urnas, me conmovió la de Alfonso XII, cuyos restos ya han abandonado el pudridero y reposan en compañía de los de Carlos V, Felipe II y otros monarcas á cuyos huesos no deja en paz la historia. ¡Pobre rey Alfonso! —el único Alfonso del panteón.— ¡Tan alegre, tan humano, tan expansivo, tan ingenioso! Las veces que hablé con él me produjo el efecto de que, de cerebro á cerebro, aquel rey era más tratable, estaba más al nivel de la cultura que la inmensa mayoría de sus vasallos preciados de cultos y de sabios y de

euuropeos, como ahora se dice. Que allí había viveza, percepción, agilidad de entendimiento, es cosa indudable. Si ese entendimiento fresco y juvenil estaba destinado á madurar con los años, á dar fruto, ó á secarse y marchitarse, fenómeno que, según D. Antonio Cánovas del Castillo, suelen presentar los españoles listos al acercarse á los malditos treinta, sólo Dios lo sabrá. Es un enigma lo que guarda la urna de negro mármol del panteón del Escorial; un eterno enigma, para mí doblemente misterioso, porque las palabras del joven y malogrado rey vuelven ahora á mis oídos, y veo el chispear, la fulguración de sus ojos transparentes, color de venturina—ojos ya de enfermo,—al decirme: "*Si vivo*, algo haré que deje memoria de mi nombre."

El salón de Batallas en el Escorial es otro tema nostálgico. ¡Qué de gloria sobre aquellas paredes, en aquellas secas y agrias pinturas; cuánto caballo, cuánto arnés, qué de ballestas, arcabuces y mosquetes; qué ordenado caminar de las haces españolas contra el enemigo, y cómo vienen á tierra los moros y los franceses y los salvajes y cuantos se oponen á nuestro arresto y bizarría y al esfuerzo de nuestro vigoroso brazo! Mezcla de involuntario orgullo y de dolor en la nunca cerrada herida se apoderó de mí al cruzar aquella especie de tubo, ancho pasillo sin muebles, en que dos vallas de hierro defienden las pinturas restauradas, de tan mediano interés para el arte como dignas de respeto á título de ejecutorias de la nobleza nacional.

Cuadros de muy otro valor encierran la sacristía y la sala capitular del Monasterio. Hay uno que es universalmente célebre, la *Santa Forma ó Comunión de Carlos II*, última obra maestra que produjo la espirante escuela española antes de rendirse á la invasión del italianismo, á los teatrales efectos de Jordán. Ese cuadro de la *Santa Forma* no es tan sólo un prodigio de técnica y una perfección como grupo de retratos. Es algo más. Es el alma de la España de entonces, vuelta de espaldas á lo humano y absorta en el misticismo; á la vez degenerada y llena de virtualidad psíquica; aterrada, miedosa, ligada por un conjuro, pero capaz de energías que hoy le faltan ya por completo. La figura del rey y la del sacerdote que tiende la hostia no pueden expresar más de lo que expresan. Hermosa despedida la de la escuela pictórica española con el cuadro de Coello.

Yo tengo en el Escorial otro cuadro predilecto, en el cual los críticos de arte ven qué reprimir y tachar, pero que le dice á mi alma cosas mejores que la misma *Cena* de Tintoretto y que *La túnica de Josef*, brutal y sincero trozo de Velázquez. Este cuadro *sugestivo* es, ¡naturalmente!, del Greco. Representa el martirio de San Mauricio y su legión. Los azules, los amarillos, los verdosos del Greco dominan en el colorido general, y los grises en las cabezas ideales del santo y de los amigos y veteranos que le rodean. Una serpiente, erguida en un ángulo del lienzo, lleva en la boca un cartel blanco, donde se lee: *Domenico Theotocopuli*.

Y en lo alto, sobre la escena de matanza, ángeles soñados, incorpóreos, más puros que los ángeles de Memling, flotan en el cielo irisado de extraños reflejos, cuya luz da tono al viril, al divino semblante de San Mauricio, en el cual, en letras más claras que las del cartel, puede leerse el desprecio de la muerte, el ansia del sacrificio, la convicción del heroísmo,—algo sobrehumano, pero algo histórico también... La mejor página de una vida.